

## Inkas y Chichas, identidad, transformación y una cuestión fronteriza

Rodolfo A. Raffino, Christian Vitry, Diego Gobbo  
(En Boletín de Arqueología PUCP, N° 8, 247-265. ISSN: 1029-2004. Perú.)

*“Las cuatro naciones que fueron soldados de los ingas...somos Los Charcas y Caracaras y Chuis y Los Chichas, diferenciados en los trajes y hábitos, hemos sido soldados desde el tiempo de los ingas llamados Inga Yupangue y Topa Inga Yupangue y Guaynacava y Guascar Inga y cuando los españoles entraron en esta tierra los hallaron en esta posesión. Y es así que estas dichas cuatro naciones como es público y notorio fuimos hemos sido soldados desde el tiempo de los ingas referidos arriba, reservados de pechos y alcavalas y de todas las demás tasas y servicios personales que se entiende de guarda de ganados y de ser ovejeros y de hacer la mita en la corte de la gran ciudad del Cuzco y de ser canteros, tejedores de la ropa de cumbe y de abasca y de ser chacareros, albañiles y canteros gente que tenía por costumbre trasponer un cerro a otra parte a puras manos y labranzas como se hacía en el tiempo de los ingas por otras generaciones como es público y notorio...”*

Memorial de Charcas; [1582] en W. Espinoza Soriano; 1969.

### I. Introducción

Según ha sido propuesto existen fuentes históricas y visibles evidencias arqueológicas que corroboran las acciones de una conquista y dominio pacífico del *Tawantinsuyu* sobre las naciones que poblaban el altiplano y los valles mesotérmicos del altiplano y valles del centro sur de la actual Bolivia. Esto significa que con excepción de los hechos beligerantes que concluyeron, durante el reinado de Wayna, con el desarraigo de los pueblos del valle de Cochabamba (N. Wachtel; 1981) ambos registros, el etnohistórico (W. Espinosa Soriano; 1969) y arqueológico (R. Raffino; 1986, 1991 y 1993) indican una coexistencia pacífica entre los inkas y las naciones que cohabitan al sur del Titicaca: Quillacas, Azanaques, Carangas, Soras, Yuras, Caracaras, Uruquillas y Chichas.

De las cuatro naciones que alude el Memorial de Charcas, el señorío de los Chichas es el que atrae la atención de este trabajo; sobre este pueblo, el Memorial, firmado por uno de sus líderes más importantes, Fernando Ayaviri, Mallku o señor de señores, descendiente del principal Consara, quien fuera capitán general de la confederación Charca, o sea de los chichas potosinos y tarijeños, ha dejado suficientes pruebas arqueológicas que confirman su antiguo estatus social en tiempos del *Tawantinsuyu*. Los chichas fueron guerreros, maestros canteros, albañiles, tejedores y labradores al servicio del inka. Estas fuentes indican la participación de *jatumrunas* y guerreros (*sinchis* o aucas) pertenecientes a las naciones previamente conquistadas por los inkas en el altiplano meridional de Bolivia, que intervinieron en el poblamiento, en las explotaciones mineras, agrícolas y fundamentalmente fueron guerreros de frontera para contener los avances arawakos o guaraníes -despectivamente llamados chiriguanos- que azotaban la frontera oriental sobre los espacios inkaizados (E. Nordenskiöld; 1917).

Por tales méritos como guerreros del inka, los chichas potosinos fueron honrosamente distinguidos como “orejones de privilegio por sus servicios al Estado” y

llegaron a hacer la mita en la “gran corte del Cusco” (W. Espinosa Soriano; 1969). Junto a las tres naciones altiplánicas restantes se juntaban en el tambo de Paria para ir a tributar al Cusco. Paria fue una importante instalación inka levantada al sur del Lago Poopó, debajo de las minas de Porco explotadas por los inkas y que nosotros creemos identificar como Oma Porco. Esta es una relevante instalación construida por el *Tawantinsuyu* que cuenta con cerca de 70 edificios dispuestos con el clásico ordenamiento espacial de los centros administrativos en torno a una *aukaipata*; además de una formidable *kallanka*, *ushnu* y numerosas *collicas* y corrales (R. Raffino et al. 1991 y 1993).

Más allá de alguna exageración que indica el documento, sobre el rol desempeñado por los chichas sobre sus servicios al estado cusqueño, el destino de esta entrega es presentar un reconocimiento arqueológico realizado por las montañas de los departamentos bolivianos de Potosí y Tarija, con el propósito de contrastar esas hipótesis generadas a partir de las fuentes históricas del siglo XVI. Esto significa analizar un caso donde se advierte movilidad étnica por mandato del *Tawantinsuyu*, de una nación como la Chicha que, no obstante su sumisión al nuevo orden, mantuvo su identidad étnica.

En términos de su cultura material, la arqueología pone en evidencia que, a pesar de las transfiguraciones procreadas por la conquista de los Yupanki, los chichas continuaron manufacturando su propia alfarería con sus pastas, formas e iconografías y se vistieron conservando sus técnicas textiles y su moda como lo indican las crónicas. Su asimilación al imperio los llevó a participar como obreros y maestros canteros en la construcción del *capacñam*, sus *tampus* de apoyo, guarniciones fronterizas, andenes agrícolas, así como diversas obras de asistencia al *capacñam*, como puentes y alcantarillas. Además, al parecer, durante su participación en esta empresa regional al servicio del Estado, los individuos que por diferentes razones perecían, fueron inhumados en tumbas con arquitectura y ajuar compuesto por artefactos y recipientes típicos de la nación chicha.

En esas obras de infraestructura se advierte que los chichas volcaron sus conocimientos sobre la cantería, adquirido desde tiempos preimperiales, la cual, no obstante sufrir algunas transformaciones al asimilar componentes arquitectónicos de la “tecnología de punta inka” en la construcción de caminos, puentes y demás obras de infraestructura, mantuvo gran parte de su estilo arquitectónico original.

## **II. El paisaje regional de esta sección del Kollasuyu**

Tanto el registro arqueológico como la documentación etnohistórica indican que la nación Chicha fue un importante cacicazgo andino que originalmente poblaba el territorio que nos ocupa: el altiplano meridional de Bolivia, en lo que hoy día son las provincias Nor y Surchichas del Departamento de Potosí y la sección occidental del Departamento de Tarija. Sus sitios residenciales, minas y chacras se extendían por una serie de valles entre los 2.500 y 3.700 metros de altitud por donde transcurría el sinuoso Río San Juan Mayo u Oro: Talina, Suipacha, Cotagaita, Ascande y Tupiza. Hacia el nacimiento ocuparon también los oasis puneños encerrados por la Cordillera Central o de los Chichas y los fértiles valles mesotérmicos de Tarija, situados por debajo de los 2.500 metros de altitud.

En tiempos anteriores a la conquista de los Yupanki la presencia chicha se ha comprobado arqueológicamente en habitats similares a los encontrados en el extremo boreal montañoso del noroeste argentino, específicamente las nacientes del amplio valle del Río San Juan Mayo u Oro y las comarcas quebradeñas de Santa Victoria Oeste e Iruya, en las actuales provincias de Jujuy y Salta. Su clásica cerámica y algunos rasgos arquitectónicos aparecen en importantes instalaciones multicomponentes como Titiconte y

en sectores específicos de instalaciones situadas en plena Quebrada de Humahuaca como La Huerta, fundadas en tiempos anteriores al avance cusqueño, luego remodeladas al caer bajo la órbita imperial. Presencia que ha sido interpretada como casos de *mitmaq* chichas al servicio del Estado (R. Raffino; et al. 1986, 1991 y 1993). Esto significa el territorio situado en el cuarto inferior del Imperio, el antiguo *Kollasuyu*. Su marca occidental se diluye por falta de registros arqueológicos alrededor del meridiano 64°, en las últimas estribaciones serranas que descienden al gran Chaco. Este espacio lindaba con la temible frontera chiriguana, los “bárbaros” arawakos, a quienes los chichas y posteriormente los mismísimos inkas no pudieron dominar, siendo objeto de permanentes invasiones o malocas.

Ese vasto territorio se encuentra en la sección meridional de los Andes Orientales, una inmensa masa montañosa que se levanta hasta casi 6.000 m.s.n.m, posee un sentido general N-S y transcurren por los actuales departamentos de La Paz, Cochabamba, Potosí, Oruro, Chuquisaca y Tarija. Regionalmente es conocida como Cordillera Real o Central, la cual a lo largo de su transcurso comienza a diversificarse en cordones semiparalelos que se abren hacia el sur como ramajes de un árbol y reciben diferentes topónimos, de acuerdo a su situación geográfica y especialmente al territorio indígena que cruza. Entre ellos Cordillera de los Azanaques, Chocaya, San Vicente, Central, de Los Frailes, de Los Chichas, de Lipez (J. Muñoz Reyes; 1980). En su continuidad meridional penetra en actual territorio saltojujeño argentino, siendo conocida como Cordillera o Sierra de Santa Victoria.

Intercalados entre estos cordones serranos se inscriben esa serie de valles intermontanos ya mencionados, de singular fertilidad y de trazado general N-S. En la geografía boliviana son conocidos como “valles mesotérmicos”, están ubicados en altitudes entre los 2.000 y 3.800 m.s.n.m. y responden por su similitud ecológica a los valles tipo *keshua* de la sierra peruana (J. Purgal Vidal; 1946). Su imagen física es comparable a la de los Valles Calchaquíes o a la Quebrada de Humahuaca, en el noroeste argentino. Están surcados por ríos de montaña de regular caudal, que se incentiva en épocas estivales, pertenecientes a la Cuenca del Plata. Entre ellos se destacan los Ríos San Juan Mayo u Oro, Tupiza, Cotagaita, Pilaya y Guadalquivir o Grande de Tarija. Descienden al naciente y derivan sus aguas a las cuencas del Bermejo y del Pilcomayo, luego a los ríos Paraguay, Paraná y de La Plata.

Otros cauces menores se activan en épocas estivales confluyendo sus aguas sobre los nombrados, entre ellos se encuentra el Río Ñoquera, que corre con ligereza por un estrecho y profundo cañadón a una altura superior a los 3.400 m.s.n.m., derivando sus aguas al San Juan Oro. Para cruzar este cauce del Ñoquera, a fines del siglo XV, chichas e inkas construyeron un magnífico puente de piedra, un *rumichaca* que se conserva intacto hasta estos días.

Es oportuno señalar que los altos parajes altiplánicos de los Andes Orientales reciben una considerable cantidad de bautismos regionales que enriquecen la toponimia, -en mayor medida aborígen, en lenguas aymara y kechua- pero conducen a confusiones para quienes no los han recorrido en el propio terreno. La prueba de ello es que dos de las obras construidas por la asociación Inka-Chicha, el *rumichaca* o puente de piedra sobre el Río Ñoquera, y el *capacñam* construido por el *Tawantinsuyu*, para conectar la puna de Tajsara con los valles de Tarija y Tupiza; estas obras se encuentran enclavadas entre las montañas, sus piedemontes y fondos de valle que los lugareños, e incluso algunos mapas del Instituto Geográfico Militar de Bolivia (Hojas SF 20-1 y 20-5. Serie H531. E. 1:250.000), identifican como sierras de Yunchará, Tajzara o Tarachaca (donde *chaca* significa puente

[K]) y Mochará, las que alcanzan alturas superiores a los 4.600 m.s.n.m. y forman parte de este sistema montañoso.

Pero indudablemente el topónimo que mejor les cabe a estas altas regiones es el de Cordillera de Los Chichas, porque fue esta nación indígena de tiempos protohistóricos la dueña natural de esas montañas y punas, de sus venas metalífera, sus valles, pasturas y sementeras.

Continuando hacia el naciente, el altiplano y los valles altoandinos dan paso a otra serie de cuencas de menor altitud y mayor fertilidad muy ricas en instalaciones prehispánicas y modernas, donde las evidencias de ocupación inka-chicha se tornan más abundantes. Se trata de los valles de Camacho, Antigal, Misca, Alisos, Pinos, Tolomosa y Tarija; en ellos se surcan otros cauces hídricos de regular caudal, los ríos Camacho, Alisos, Orosas, Pinos, Tolomosa y el Guadalquivir o Tarija.

Más allá, en dirección al levante, el mundo andino da paso al amazónico, al bajo del Gran Chaco, de los Yungas con sus impenetrables bosques habitados por “*los salvajes chunchos, mojos y chiriguano*”, las tribus que por siglos resultaron indomables para inkas, chichas y europeos.

### **III. El registro arqueológico como prueba de identidad y transformación cultural**

La invasión imperial sobre el territorio Chicha se encuadra dentro de la cronología tradicional propuesta por J. Rowe (1945) a partir de la crónica de Cabello y Balboa [1586]; esto significa los comienzos del reinado de Topa Inka Yupanki en 1471 y se extiende hasta la entrada de Diego de Almagro al noroeste argentino y Chile. Almagro llega a Tupiza a fines de 1535 pero no se desvía hacia el levante, a Tarija, sino que sigue su campaña hacia el sur penetrando en el noroeste argentino hasta los valles de Hualfín y Abaucán y pasa la Cordillera de los Andes por el puerto cordillerano de Comecaballos hacia Copiapó a mediados de 1536 (R. Raffino; 1995). La entrada española en Tarija sucede cuatro años más tarde, en setiembre de 1539, fueron Pedro de Candia (“el griego”) y Diego de Rojas, provenientes de Tupiza (C. Julien; 1997; M. Barragán; 2001).

No quedan dudas de que la invasión española hacia el levante se hizo utilizando el *capacñam* que unía Tupiza con Tarija durante el dominio inka regional; al respecto del cual varios factores estratégicos y económicos se advierten como móviles:

- 1- El Estado Inka quiso aprovechar la fertilidad de sus valles, -aún hoy día vigente- de modo que planeaba utilizar *jatumrunas* para la construcción de sementeras (terrazas y andenes, con sistemas de regadío) y *collicas* para almacenar las reservas agrícolas.
- 2- Esta energía se producía para obtener recursos agrícolas para abastecer las explotaciones mineras de plata y oro que los inkas estaban realizando en la cordillera de Porco y Chayanta en la Cordillera Central, en Chuquiago y en otros lugares sobre el afamado Río San Juan Oro, donde utilizaban, a la vez, como *mitmaq* a las etnias Chichas, Carangas y Soras.
- 3- Para potenciar esas actividades fue necesaria la construcción de varios ramales de *capacñam* en sentido transversal, que conectaran los valles de Tarija con las zonas de explotación económica y con el *capacñam* principal que corría desde el Cusco a Tupiza y el noroeste argentino.
- 4- Ese espacio debió ser protegido de la amenaza proveniente “del bajo”, de los guaraníes, con lo cual fue necesaria la construcción de varias guarniciones o

pucarás fronterizos que debían también ser abastecidos. Para esta misión los chichas fueron socios activos: guerreros que cubrieron la frontera oriental de la amenaza chiriguana (E. Nordenskiöld, 1917; W. Espinosa Soriano, 1969; T. Saignes, 1985 a, 1985 b y 1986).

Las fuentes históricas son coincidentes en señalar que a partir del último tercio del siglo XV los chichas pasaron a desempeñarse en calidad de *mitmaq* al servicio del *Tawantinsuyu* y participaron en la construcción y ocupación de guarniciones o pucarás fronterizos, de los numerosos tramos de *capacñam* que unían al altiplano potosino con los valles mesotérmicos de Tarija; así como del manejo de las terrazas agrícolas, *collicas* y *tampus*.

Las obras que mayores recursos humanos ameritaron fueron el *capacñam* principal o “*de la Sierra*” que transcurre de norte a sur conectando el Cusco con el noroeste argentino y Chile (J. Hyslop, 1992; R. Raffino, 1981); así como los segmentos transversales que atraviesan la Cordillera de los Chichas de poniente a levante y comunican los valles de Talina, Cotagaita, Tupiza y Suipacha en Potosí, con los de Tolomosa, Antigal, Camacho, Pinos, Padcaya y Tarija en el sudeste de la actual República de Bolivia.

Para apoyar esta empresa fue necesaria la construcción de una serie de establecimientos con arquitectura de superficie, fundamentalmente tamberías, explotaciones agrícolas, *collicas* y corrales agrupados, y especialmente guarniciones defensivas que protegieran el territorio.

Varios de estos sitios fueron reconocidos en anteriores misiones de terreno y han sido publicados (R. Raffino et al.; 1986, 1991 y 1993). El estilo arquitectónico de la nación Chicha fue anteriormente reconocido en las instalaciones multicomponentes inka-chicha que estos últimos ocupaban en lo que fue el epicentro de su territorio. En la Quebrada de Talina las instalaciones de Chipihuaico y Chagua, la primera vinculada con actividades agrícolas; la segunda de arquitectura muy importante que contiene *aukaipata* inka, *ushnu* y varias *kallankas*. Chagua fue un pueblo de olleros (*soñocamayos*) donde se desarrollaron intensas actividades de confección de cerámica chicha utilitaria, cuyos productos en tiempos inkas han tenido gran dispersión regional.

En el valle aledaño de Suipacha el *Tawantinsuyu* construyó el centro administrativo de Chaquiago (“*polvo de oro*” en keshua), con varios conjuntos de *kanchas*, una represa de piedra, acueductos y *kallankas* construidas con fina cantería chicha y vinculadas con la explotación de venas auríferas. Un kilómetro al sur se encuentran el tambo de Villa Victoria (D. Angelo; 2001, MS) y el Pucará de Charaja sobre el Río San Juan Oro y por donde transcurre el *capacñam* antes de internarse en la Cordillera Real en dirección al naciente, hacia Tarija. También se levantaron tambos en La Alameda, hoy día sepultados por el suburbio norte de la población de Tupiza -donde Almagro estuvo un par de meses reaprovisionándose en 1535- y en los parajes puneños de Mochará, Calahoyo y Toroara, estos dos últimos sobre la frontera argentino-boliviana.

En todos estos enclaves es visiblemente reconocida la típica alfarería chicha con cinco variedades (R. Raffino, op. cit. 1986), las cuales incluyen los tipos Yavi del noroeste argentino (P. Krapovickas; 1977) cuya presencia y distribución espacial es concordante -covariación directa o positiva- con los sitios con el registro arquitectónico chicha.

#### IV. El registro arqueológico Inka-Chicha entre Tupiza y Tarija

Las obras en las cuales nos detendremos son cuatro, levantadas a corta distancia una de otra en la margen oriental del Río San Juan Oro, en las provincias de Avilez y Mendez, dentro del Departamento de Tarija. Una de franco carácter monumental, un puente de piedra, la segunda una clásica guarnición inka, la tercera un conjunto de andenes y terrazas agrícolas y la cuarta un cementerio. Todas ellas atesoran claros indicios artefactuales y arquitectónicos que demuestran el clásico estilo chicha entremezclado con componentes arqueológicos inkas, como el *capacñam* y sus tambos de apoyo.

En relación a la primera obra citada, los autores de esta nota nos hemos ocupado en un reciente aporte (2001); conocida en el lenguaje andino como *rumichaca* (*rumi* = piedra; *chaca* = puente [K]) o: “...*Lumichaca en lengua de los ingas, y en la nuestra querrá decir puente de piedra...*” (Cieza de León (1551). A éste le corresponde la segunda categoría asignada para este tipo de obra por el ingeniero peruano A. Regal (1936). Se sitúa en la posición meridiana 21° 37’ Lat. S y 65° 08’ Long. O y a 3.444 m.s.n.m. Se trata de una notable pieza, aún en uso, que expresa la solidez y el megalitismo clásico de la arquitectura andina, los cuales explican su perdurabilidad ante el paso de más de cinco siglos desde su construcción. Ésta se realizó con un doble muro de grandes bloques poliédricos canteados cuidadosamente ensamblados y fijados con barro y ripio. Los dos extremos del puente se incrustan en los faldeos de los cerros, tornando innecesaria la construcción de estribos de apoyo. Por lo demás es inmejorable la verticalidad de sus muros laterales. Gruesos tirantes de madera tendidos horizontalmente se alternan entre los aparejos murarios. Estos fueron deliberadamente colocados para darle elasticidad a la masa pétreo.

El puente tiene un rumbo general SSE-NNO, 15 m de largo y 2,80 m de ancho en su base; su altura por sobre el nivel del cauce es de 8 m y el ancho de la calzada es de 2,10 m. En esta última se alzan relictos de lo que fueron barandales de piedra para proteger el pasaje de los caminantes. La alcantarilla de su fondo es de forma trapezoidal con una abertura de 1,40 m de alto, 0,70 m de ancho en su parte superior y 0,80 m en la inferior. Un grueso dintel formado por seis bloques coronan la alcantarilla, mientras que el otro extremo, el de la calzada, fue terminado con un empedrado de bloques planos de mayor tamaño.

El tiempo transcurrido y la propia utilización del puente hasta la actualidad, no ha hecho mella en el estado de conservación de esta obra. Los ingenieros que lo planearon y los albañiles y canteros que lo construyeron conocían muy bien su oficio. La utilización de troncos de madera intercalados entre los bloques pétreos para quitarle rigidez y evitar que la superestructura se quebrara y desmoronara por causas sísmicas -fenómeno típico en la región andina-, es una tangible muestra de aplicación de “tecnología de punta” en materia de obras hidráulicas. Los muros laterales y la propia alcantarilla se conservan admirablemente, ocurre lo mismo con los extremos del puente, aunque estando también en estado de conservación impecable, comienzan a desnudarse por la natural degradación de los cerros en los que se apoyan. Concluimos señalando que a comienzos de la década de 1970 en el antiguo territorio del *Tawantinsuyu* sobrevivían alrededor de ochenta puentes (D. Gade; 1972), de éstos posiblemente sea el de Ñoquera uno de los pocos que se ha conservado casi intacto.

A pocos pasos en dirección sur sobre el faldeo del cerro se observan los restos de un puñado de unidades funerarias construidas en piedra con la misma técnica de pircado usada para el puente, siendo idénticas a las que observamos en otros sitios vecinos, como el de Quiscacancha, al cual nos referiremos más adelante. Sin dudas la asociación de ambas

construcciones es directa y conduce a pensar que en ellas fueron depositados los cuerpos de probables *jatumrunas*.

El *capacñam* inka es muy visible en las inmediaciones del puente, al que atraviesa; proviene desde el poniente por Taxisca sobre el Río San Juan Oro, mientras que hacia el naciente corre en dirección a Tarija por las localidades de Ñoquera, con restos de un gran tambo inka semidestruido pero donde son visibles restos de *kanchas* y grandes espacios cerrados que podrían haber sido corrales. Luego transcurre hacia Ramadas, donde se diseminan importantes terrazas y andenes agrícolas de la misma filiación cultural y las altas pampas de Tajsara.

Condorhuasi es un típico pucará inka de frontera descrito brevemente por el geógrafo O. Schmieder (1924), está situado en la serranía homónima, bajo las coordenadas meridianas de 21° 28' Lat. S y 65° 01' Long. O y a 4.020 metros de altitud. Fue levantado sobre un cerro escarpado distante aproximadamente 20 km al norte de Ñoquera, pero entre ambos se disponen varios conjuntos de terrazas agrícolas similares en su factura a las de Ñoquera y Ramadas, que pueblan la zona de San Luis de Palqui.

Como todas las instalaciones de su género, el Pucará de Condorhuasi combina el factor topográfico con un trazado arquitectónico militar defensivo (R. Raffino; 1988); posee paramentos dobles de pirca semicanteadas con relleno interior. En su sector levantino está protegido por una muralla discontinua, habida cuenta que no llega a encerrar todo el espacio residencial. Este último presenta un factor de ocupación del suelo (FOS) muy bajo (aproximadamente 10%), típico de los trazados defensivos en los que se ha privilegiado la arquitectura militar defensiva por sobre la residencial. Este último está integrado por un puñado de *kanchas* inkas o rectángulos perimetrales compuestos levantados con la misma técnica que las murallas perimetrales. La construcción chicha se advierte por la profunda similitud que ostenta con otros sitios clásicos ya señalados, pertenecientes a esta etnia de la región central de su territorio, la de Talina-Tupiza. Se trata de una arquitectura muy prolija, con aparejos murarios bien acabados del tipo celular de acuerdo a la clasificación propuesta por A. Calvo (1980) con fachadas con cornisa, aberturas coronadas con dinteles y delgadas jambas, peldaños en voladizo y hornacinas interiores. Los cierres fueron de maderamen de cardón revestidos con hichu.

El Pucará Condorhuasi es uno más de un puñado de guarniciones inkas destinadas a proteger la frontera oriental. La lista es bastante extensa en el *Kollasuyu* y se distribuyen desde el Valle de Cochabamba por el norte hasta la Provincia de Catamarca en Argentina. No obstante debemos señalar que a pesar de haber sido mencionados por diversos autores sus descripciones y planimetría son muy lacónicas y esquemáticas. Desde Cochabamba hacia el noroeste argentino se cuentan los de Inkarracay, Inkallajta (E. Nordenskiöld; 1915), Pucarilla (E. Nordenskiöld; 1924), Sipe Sipe (W. Bennet; 1936), Samaipata-La Fortaleza (A. Meyer and C. Ulbert; 1997), Culpina (A. Metraux; 1933), Condorhuasi (O. Schmieder; 1924), Incahuasi de Camargo, Pulquina, Batanes, Incahuasi de Lagunillas y Santa Elena (E. Nordenskiöld; 1915 y 1924), Oroncotá (H. Walter; 1959; R. Raffino; 1981) y Cuticutuni (F. Ahlfeld; 1933). Ya en territorio argentino la lista se amplía con Puerta de Zenta, Cerro Amarillo-Pueblito Calilegua y el célebre Pucará de Aconquija (R. Raffino, et al.; 1981 y 1993). Se excluyen de esta nómina los pucará situados en la Quebrada de Humahuaca, los que si bien atesoran claros rasgos de filiación inka, no revisten la condición de ser guarniciones de frontera sino espacios interiores al territorio inka.

Estos *pucara* arqueológicamente corporizados son verdaderas guarniciones de frontera implantadas a la sombra del meridiano 65, protegiendo un espacio ocupado a partir

del último tercio del siglo XV por tambos, caminos, campos agrícolas y *collicas*, mandados a construir por el *Tawantinsuyu*.

Otros registros arqueológicos que han sido reconocidos en esta sección andina son las tumbas agrupadas en necrópolis halladas en el paraje Quiscacancha situado a los 65° 10' Long. O y 21° 37' Lat. S, a corta distancia al sur. del puente, antigal y andenes de Ñoquera. Se trata de un conjunto de cámaras subterráneas de planta rectangular con techumbre de piedras planas. Sus dimensiones oscilan entre 0,80 a 2 m de largo por 0,60 a 1,50 m de ancho y hasta 1 m de altura. Albergaron individuos en posición genuflexa, acompañados de ajuares de cerámica clásicamente chicha, inclusive la variedad "Portillos" de Yavi clasificada por P. Krapovickas (1977) y por uno de nosotros (R. Raffino et al., 1986).

Finalmente al repertorio arquitectónico se suman las apuntadas zonas pedemontanas ocupadas por andenerías conectadas por canales de riego y algunos recintos menores, aparentemente *collicas* (carecemos de registros funcionales por excavación pero sus dimensiones, formas y vanos estrechos y elevados nos permiten adscribirlas como tales). Estos relictos se sitúan en Ramadas oscilando en cotas de 3.000 metros de altitud. Los sitios con remanentes agrícolas se diseminan por un par de kilómetros en los piedemontes que rodean a Ñoquera, con la que se conectan directamente por el *capacñam*. Se trata de clásicos sistemas agrícolas en pendiente, asistidos con canales de riego y se extienden discontinuamente desde Ñoquera y Ramas al menos hasta la localidad de San Luis de Palqui bajo las coordenadas 65° 9' y 21° 33'.

El repertorio cerámico propio de estos sitios proviene de ajuares funerarios de las tumbas ya descritas y de grandes cantidades de piezas fracturadas que aparecen en superficie. El mismo no deja dudas en cuanto a la amalgama de la tradición de los ceramistas chichas con la incorporación de valores inkas. Las formas predominantes siguen siendo las piezas globulares y jarras locales confeccionadas en pastas duras y en colores rojizos, morados y naranjas (R. Raffino et al., 1986, 1991 y 1993). A ellas se suman los pucos ornitomorfos y los aribaloides inkas realizados con las mismas pastas y colores que las piezas chichas, pero donde aparece la decoración geométrica del estilo cusqueño. A este repertorio se le suman torteros de cerámica de igual factura, directamente vinculados con actividades textiles que, como lo indican las fuentes históricas, constituyeron una actividad realizada por los chichas.

## V. Respuesta arqueológica a un dilema

Otras guarniciones de frontera similares a Condorhuasi situadas en esta región son mencionadas por las crónicas, pero su existencia es incierta o al menos aún no ha sido detectada su correspondencia arqueológica con precisión por falta de trabajos puntuales o debido a que sus topónimos se han perdido. Ellas serían las de Tomatas y Canasmoro situadas al norte del Valle de Tarija (J. Arellano; 1984), las de Tarcana y Aquilcha: "...una fortaleza poblada por cien casas de indios carangas..." (T. Saignés; 1985; C. Julián; 1997; A. Presta; 2001). Un centro de control fronterizo llamado Esquila: "...que es en el ualle de Tarixa, que es vna fuerca donde solía la guarnición del ynga contra los chiriguanos..." (en C. Julián; op. cit., 1997) y Lecoya en el paraje La Angostura que surca el Río Guadalquivir o Tarija, al sur del Valle Central (A. Presta; 2001).

Mejor fortuna en cuanto a su localización arqueológica le cabe al "fuerte y caserones en Tolomosa", en el paraje homónimo donde hoy día son visibles sus restos, y cuyos materiales arqueológicos fueron descritos a su tiempo por E. von Rosen ([1916] 1957) y recientemente mencionados por P. Delcourt (2001). Un destino similar les cabe a

las instalaciones adscribibles al pueblo Tomatas, cuyo habitat se ubicó en San Lorenzo, al norte de la actual ciudad de Tarija y donde aún subsisten un conjunto de construcciones con arquitectura en piedra y mampostería, con alfarería chicha en superficie, que pueden preliminarmente atribuirse a ese pueblo.

En cuando a Aquilcha “con sus cien casas”, para el historiador M. Barragán correspondería al actual El Saire. En esta localidad nosotros hemos registrado un importante tambo inka asociado a *capacñam* y un asiento con arquitectura y alfarería chicha de regular tamaño situado a menos de un kilómetro al poniente, sobre ambos deberán profundizarse los trabajos arqueológicos.

Las fuentes históricas dan cuenta asimismo de todo un mosaico de etnias poblando el altiplano y los valles mesotérmicos de la sección meridional boliviana entre los actuales valles de Talina, Tupiza, Suipacha, Cotagaita y Tarija. Además de los consabidos chichas, en el firmamento etnográfico aparecen los pueblos Tomatas, Erquis, Churumatas, Chuis y Carangas, estos últimos según las fuentes fueron introducidos como *mitmaq* por los inkas..

Para nosotros, la identificación de la etnia chicha desde la visión externa tipificada por el etnocentrismo español que habitó el Cusco tras la caída del *Tawantinsuyu* corrió similar destino a lo sucedido con los reinos circuntiticacas: los Collas, Pacajes y Lupacas, donde los dos últimos perdieron su identificación -no su identidad como etnia- y fueron también a su tiempo conocidos genéricamente como “collas”. Un panorama similar aconteció con los calchaquíes del noroeste argentino, una denominación muy genérica de un complejo que en realidad aglutinaba un mosaico de pueblos que se diferenciaban perfectamente entre sí, pero que terminaron aglutinados bajo ese vocablo por la ligereza en su identificación. De esta manera collas (o collao) o calchaquí eran asignaciones producto de una simplificación europea que no contribuyó al conocimiento etnográfico de la época.

De un modo similar “chicha” corresponde precisamente a una denominación genérica con una adscripción territorial, una “provincia, la de los Chichas” situada en el sur de Bolivia y extremo boreal del noroeste argentino. Fue un mosaico étnico genéricamente identificado primero por los inkas y luego por los europeos, sin reparar que dentro de esta adscripción territorial existieron segmentos menores, pueblos o parcialidades unidas por lazos de sangre, parentales, políticos, portadores de una similar cultura material y probablemente lingüística que, de acuerdo con Cieza, fue el Aymara; pero que entre ellos se identificaban perfectamente, inclusive por su particular forma de vestir y la forma decorativa de su cerámica.

De esta manera se reconocen pequeños segmentos poblacionales, pueblos cohabitantes de los valles fértiles de Tarija, como los Tomatas, quienes como hemos señalado estaban situados en San Lorenzo, al norte de la actual Tarija, donde sobreviven sus topónimos y varias ruinas con arquitectura y alfarería chicha que deberán ser estudiadas en profundidad. No podemos avanzar sobre los erquis pero sí sabemos sobre los chuis, originarios de los valles cochabambinos desde donde fueron “deportados” por los inkas (B. de Caballero, 1977; N. Wachtel, op. cit, 1980).

En cuanto a los churumatas ya hemos oportunamente compartido la opinión de P. Pastells (testimonio de M. Ledesma y Valderrama [1644] en Pastells, 1915), R. Levillier (1931), E. Salas (1945) y E. Soriano (1986), quienes los asignan como pertenecientes o directamente emparentados con la etnia chicha (A. Iácona y R. Raffino; 1993) con una territorialidad en el sur del espacio meridional tarijeño y en el extremo boreal del noroeste argentino, al naciente de Humahuaca. Esto significa que salvo los chuis, las parcialidades

tomatas y churumatas fueron ramas de un mismo tronco, el chicha, regionalmente segmentado.

La primera entrada española al Valle de Tarija ocurrió en 1539 y sus protagonistas fueron quince soldados de Francisco Pizarro, comandados por Pedro Candia (el griego) y Diego de Rojas, acompañados por el escribano Juan de Grájeda. Este último tuvo a su cargo el labrado de varias actas publicadas recientemente por el historiador Mario Barragán (2001). Estos documentos cubren un período entre mayo de 1539 y marzo de 1540 y contienen datos relacionados con la entrada y ocupación del valle en fechas situadas a pocos años de la caída del Imperio Inka.

El dominio inka de la región, ocupada previamente por el señorío Chicha, es señalado por varios cronistas, entre ellos Cieza y el franciscano R. de Lizarraga en su “Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile”, escrita entre 1595 y 1607, confirma la participación de *mitmaq* inka en la defensa de la frontera: “...*Quince leguas a la mano izquierda de Talina, declinando más al oriente, entramos al gran valle de Tarija...El Inga cuando era señor desta tierra, tenía aquí guarnición de gente de guerra contra estos chiriguanos...*” (R. Lizarraga; 1999, Lib. Primero, Cap. CVIII)

Como ha sucedido con las primeras expediciones españolas a regiones anteriormente conquistadas por el *Tawantinsuyu*, como las de Diego de Almagro, en 1535, al noroeste argentino y Chile, la de Pedro de Valdivia a Chile, en 1539, y las de Diego de Rojas y Nicolás de Heredia, en 1543, hacia los Ríos Paraná y del Plata en busca de la salida a España por el Atlántico, no hay dudas de que el tránsito de éstas se realizaba en gran parte siguiendo el *capacñam* que se conservaba en pleno funcionamiento. El derrotero de Almagro ha sido recompuesto en base a numerosos datos arqueológicos de terreno (R. Raffino; 1995). Esa misma alternativa debió producirse con la expedición de Pedro de Candia y sus hombres. Esto significa que debieron bajar desde Cusco por el camino inka llamado “de la Sierra”, que corría al naciente de la Cordillera de los Andes (A. de Herrera y Tordesillas; 1615), pasando por Rajchi, Hatumcolla, Chuquito, Desaguadero, Andamarca, Paria, Oma Porco de Aullagas y Tupiza, hasta llegar a Chuquiago en el Valle de Suipacha.

En este importante centro inka el *capacñam* se bifurcaba en dos ramales; uno de ellos continuaba directo hacia el sur por la Quebrada de Talina con los establecimientos inkaicos de Chipihuaico y Chagua hasta llegar a Calahoyo, en la actual frontera entre Bolivia y Argentina. Esta sección de *capacñam* y sus tambos de apoyo fueron reconocidos y publicados en un anterior aporte (R. Raffino et al. 1981, 1986 y 1993). El restante ramal corre en sentido transversal en dirección a la Cordillera de los Chichas hacia Tarija.

Todas esas incursiones españolas, como las de los Yupanky años antes, transcurrieron inevitablemente por los territorios de los chichas. Ese mosaico de pueblos emparentados por sangre, lengua y cultura material, dueños naturales de estos ámbitos fueron posteriormente identificados respondiendo genéricamente a una asignación más territorial. Los chichas, activos colaboracionistas de las conquistas inkas, fueron distinguidos como “hijos primogénitos y mayorazgo del imperio” en reconocimiento a sus campañas militares en la complicada frontera oriental. Fueron a la vez *jatumrunas* al servicio del Estado y guardias especiales en los palacios cusqueños.

Sin embargo, a pesar de las lógicas transformaciones en su status y la movilidad étnica espacial que se les impuso, nunca perdieron su identidad cultural como nación potosina y tarijeña. Incluso durante la administración española a partir de la época toledana, perdieron su prestigio y territorios en represalia por haber sido “hijos privilegiados del *Tawantinsuyu*” y haber participado junto a las parcialidades del noroeste argentino en las

rebeliones indígenas en contra del dominio europeo, que los había desposeído de sus pasturas, minas y sementeras.

## **Bibliografía**

AGURTO CALVO, S. -1980- "Cuzco, traza urbana de la ciudad Inca". Proyecto Per. 39. UNESCO, Inst. Nac. de Cultura de Perú. Cuzco.

AHLFELD, F. 1933 "Die incaische festung Cuticutuni in der bolivianischen ostkordillere. Zeitschrift fur Ethnologie. Hft 4/6. Berlin.

ARELLANO LÓPEZ, Jorge 1984 "La cultura Tarija. Aporte al conocimiento de los señoríos regionales del sur boliviano". Arqueología Boliviana, N° 1: 73-82. INAR, La Paz.

BENNETT, W. 1936. "Excavations in Bolivia". Anthropol. Paper. Amer. Mus. of Nat. History. 35, 4. New York.

BARRAGÁN, V. M. 2001 "Historia Temprana de Tarija". Tarija.

BYRNE DE CABALLERO, G. 1977. "Repartimiento de tierras por el inca Huayna Capac. Testimonio de un documento de 1566". Univ. M. San Simón. Cochabamba.

CABELLO VALBOA, S. [1586] 1951 "Miscelánea Antártica". Univ. Mayor de San Marcos. Lima.

CIEZA DE LEÓN [1553] 1947 "Primera parte de la Crónica del Perú". Biblioteca de Autores Españoles; T. 26. Madrid.

DELCOURT, P. 2001 "Un inventario arqueológico preliminar en el Departamento de Tarija". En "Historia, ambiente y sociedad en Tarija, Bolivia". S. Beck, N. Paniagua y D. Preston. Ed. Univ. San Andrés & Univ. of Leeds. La Paz & Leeds.

ESPINOZA SORIANO, W 1969 "El Memorial de Charcas: crónica inédita de 1582". Cantuta, 4, Universidad Nacional de Educación. Perú.

GADE, D. 1972 "Bridge types in the central Andes". Annals of the Association of American Geographers; 62. Lawrence.

HERRERA Y TORDECILLAS, A. [1615] 1952 "Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano". Madrid.

HYSLOP, J, 1992 "Qhapaqñan, El sistema vial Inkaico". Inst. Andino de Estudios Arqueológicos. Lima.

JULIEN, C. K.; ANGELIS, Z.; BASS WERNER DE RUÍZ 1997 "Historia de Tarija". T VI. Tarija.

KRAPOVICKAS, P. 1977 "Arqueología del Cerro Colorado". Rev. Univ. Nac. La Plata; II. Antropología. La Plata

LEVILLIER, R. 1926/31. "Nueva crónica de la conquista del Tucumán. 3 Vol. Buenos Aires.

LIZÁRRAGA, R. DE [1595] 1999. "Descripción del Perú, Tucumán, Río de La Plata y Chile" Union Académique Internationale. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires.

MELLAFÉ, R. (1965) "La significación histórica de los puentes en el virreynato peruano del siglo XVI". Historia y Cultura; 1. Museo Nacional de Historia, Lima.

METRAUX, A. (1933) "Contribución a la arqueología boliviana". Journal de la Société des Américanistes. NS, T. 25. París.

MEYER, A.; C. ULBERT. 1997 "Inka archaeological in eastern Bolivia: some aspect of the Samaipara Project". Tawantinsuyu; vol. 3. Canberra-La Plata.

MUÑOZ REYES, J. 1980 "Geografía de Bolivia". Academia Nacional de Ciencias de Bolivia. La Paz.

NORDENSKIÖLD, E. 1915. "Incallacta eine Befestigte und von Inca Tupac Yupanki angelegte Stadt". Ymer, Heft 2. Stockholm.

-----1917 "The Guarani invasion of the Inca empire in the sixteenth century". The Geographical Review; Vol. IV, 2. New York.

-----1924 "Forschungen und Abenteuer in Sudamerika. Stuttgart, Alemania.

PASTELLS, P. 1915. "Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay. 2 Vols. Madrid.

PIZARRO, H [1533] (1917) "Relación de los señores Oydores de la Audencia Real de S-M.". Col. Urteaga; T. III. Lima.

PRESTA, A. M 1997 "La población de los Valles de Tarija, siglo XVI" Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Vol. I. pp. 163.-176. Buenos Aires.

----- 2001 "Hermosos, fértiles y Abundantes" Los Valles centrales de Tarija y su población en el s. XVI. En "Historia, ambientes y sociedad en Tarija, Bolivia. Beck-Paniagua-Preston Ed. La Paz-Leeds.

PURGAL VIDAL; 1946 "Historia y geografía del Perú, las ocho regiones naturales del Perú. Lima.

RAFFINO, R. A. 1982 "Los Inkas del Kollasuyu". 2ª ed. corregida y aumentada. Edit. Ramos Americana. La Plata.

----- 1988 "Poblaciones Indígenas en Argentina". Urbanismo y Proceso Social Precolombino". Ed. TEA. (2da. Edic; 1991). Buenos Aires.

-----1993 "Arqueología, historia y urbanismo del altiplano andino". Ediciones Corregidor, Buenos Aires.

-----1995 "Inka road research and Almagro's route between Argentina and Chile". Tawantinsuyu. Vol. 1. Canberra.

-----R. Alvis, D. Olivera, J. Palma.1986 "La instalación Inka en la sección andina meridional de Bolivia y extremo boreal de Argentina". Comechingonia 4, número especial: 63-131. Córdoba.

----- A. Nielsen y R. J. Alvis 1991 "El dominio Inka en dos secciones del Kollasuyu: Aullaguas y Vallegrande" (Altiplano de Bolivia y Oriente de Humahuaca). Comechingonia, 9, número especial: 97-151, Córdoba.

-----C. Methfessel, C. Vitry, C y J. D. Gobbo. 2001. "Rumichaca: un puente Inca en la Cordillera de los Chichas". Tarija, Bolivia. Investigaciones y Ensayos 51. Academia Nacional de La Historia. Buenos Aires.

REGAL, A. (1936) "Los caminos del Inca". Sanmarti. Lima.

----- (1972) "Los puentes Inca en el antiguo Perú". Imp. Gráfica Industrial. Lima.

ROSEN, E. [1916] (1957) "Un mundo que se va" Fundación M. Lillo. 1. Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán.

ROWE, J. H 1945 "Absolute chronology in the Andean Area". American Antiquity 10. Salt Lake City.

SAIGNES, THIERRY 1985 "Los Andes orientales, historia de un olvido". Instituto Francés de Estudios Andinos. CERES-IFEA. Cochabamba.

----- 1985 "La guerra "salvaje" en los confines de los Andes y del Chaco". Quinto Centenario; 8. Univ. Complutense de Madrid.

----- 1986. "En busca del Poblamiento étnico de los Andes Bolivianos". Avances de Investigación; 3. La Paz

SALAS, A. M. 1945 "El antigal de Ciénaga Grande". Publ. Museo Etnográfico. Fac. Fil. y Let. UBA. Buenos Aires.

SANGINÉS ROJAS, G. 1957 "El camino Incaico de Taquesi". Arqueología Boliviana. Biblioteca Paceña. La Paz.

SCHMIEDER, O. 1924 "Condor huasi, eine befestigte Siedlung der Inkas im sudlichen Bolivien" Geographischer Anstalt. Heft 9/10. Gotha.

WALTER, H. 1959 "Die ruine Pucará Oroncotá". Baessler Archiv. Band VII (XXXII Band); Heft 2. Berlín.

----- 1959 "Lakatambo, eine inkaruine bei Mizque (Bolivien). Baessler Archiv. Band VII (XXXII Band); Heft 2. Berlín.

-----  
Este artículo es posible gracias a National Geographic Society, que financia las investigaciones de terreno (Raffino, Grant 7126). Los autores desean agradecer a Lilo y Gerda Methfessel de Tarija y a Dante Angelo de Tupiza por sus informes sobre el tambo de Villa Victoria. La corrección del manuscrito estuvo a cargo de Anahí Iácona y Cristina Díez Marín (CONICET), Argentina.

**Indice de láminas:**

Fig. 1. Mapa de situación

Figs. 2 y 3. El puente de Ñoquera

Figs. 4 y 5. Vistas del Pucará de Condorhuasi

Fig. 6. La Necrópolis de Quiscacancha

Fig. 7. Alfarería Chicha proveniente de Ñoquera y Quiscacancha

Fig. 8. Planta y perfil de Chuquiago en el valle de Suipacha.

Fig. 9. Planta y perfil de Uma Porko, instalación Inka que puede corresponder a la histórica Paria.